Número oculto

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

SOLUCION / Pág. 4

				B	R
9	7	2	1	4	0
8	6	9	2	0	2
1	7	0	3	1	1
5	4	2	0	1	0
1	4	0	7	0	2
5	2	8	3	0	1
4	9	3	0	0	1



Verano/12

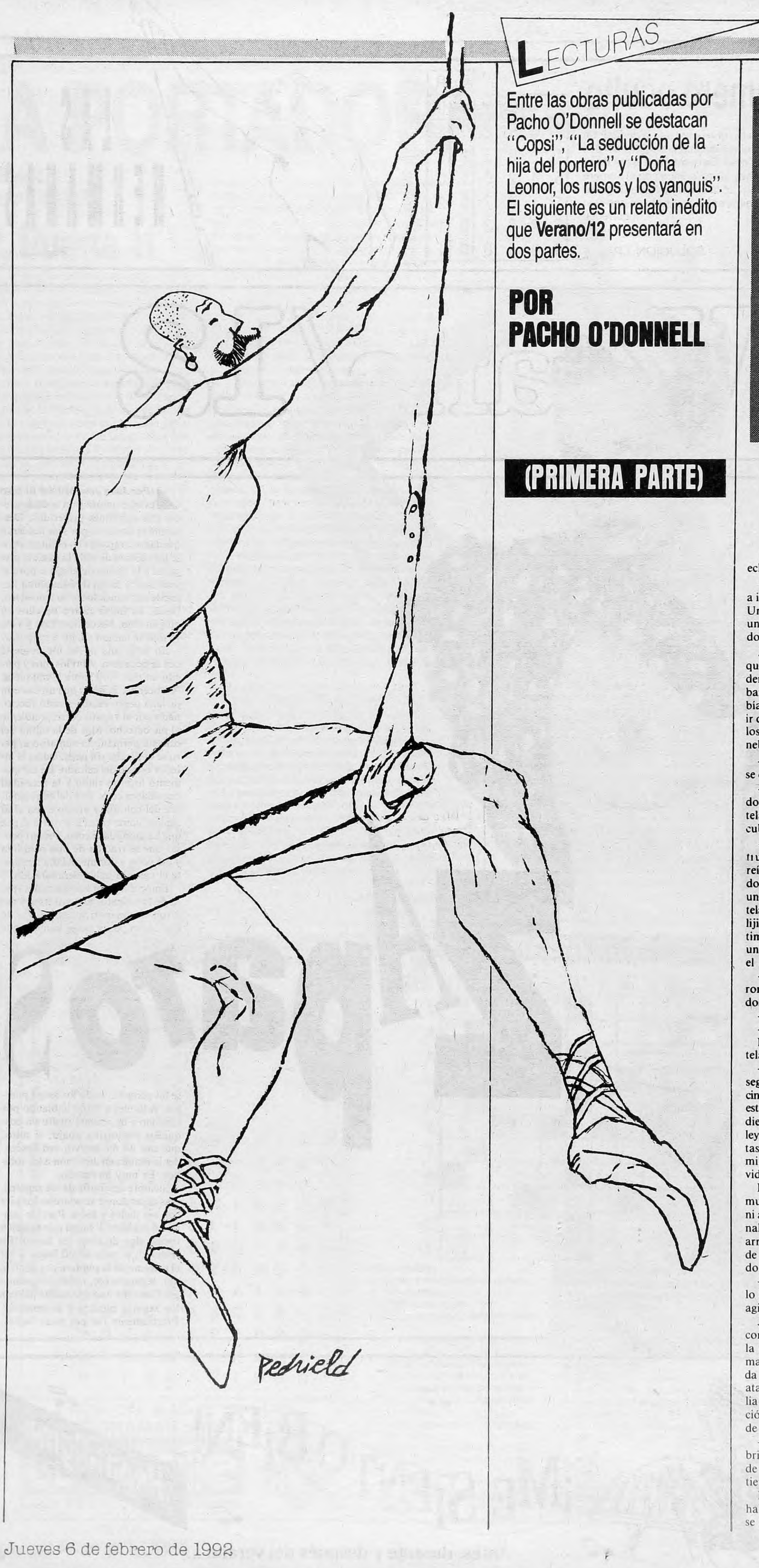
Zapatos

(*Por Juan José Millás*) El caso es que empezaron a desaparecer mis calcetines preferidos. Desmonté la lavadora por si se hubieran quedado atrapados en el filtro, revisé los cajones de toda la casa, le pregunté a la vecina de abajo si por casualidad se había desatado una lluvia de calcetines sobre su tendedero. Nada, no había rastro de ellos en ningún sitio. Me compré más y a los 15 días se habían vuelto a evaporar.

En esto, una noche me desperté con la boca seca. Abrí los ojos y percibí un roce sutil sobre la moqueta. Al encender la luz vi que un calcetín de lana negro estaba siendo succionado por el zapato correspondiente al pie derecho. Más de la mitad del calcetín permanecía aún afuera, pero se deslizaba sin pausa hacia el interior oscuro del calzado. En ese momento hice un ruido y la actividad engullidora cesó. Tiré del extremo libre del calcetín y arrastré con él al zapato, como el sedal arrastra al pez que ha mordido el cebo. Preferí pensar que se trataba de una pesadilla y me volví a dormir. Al día siguiente el calcetín había desaparecido.

Empecé a dejar los calcetines fuera de los zapatos al acostarme y cesaron las desapariciones, pero se ve que ahora pasan tanta hambre que se los comen cuando los tengo puestos. A lo mejor estoy hablando por teléfono y de repente siento un cosquilleo pantorrilla abajo; si miro, que casi no me atrevo, veo descender la manga en dirección a los tobillos. Es muy incómodo.

Siempre desconfié de los zapatos, esas cajas donde se guardan los pies con sus dedos y todo. Parecen osarios o ataúdes. Y luego que también tienen algo de túnel sin fondo. En realidad, es muy difícil llegar a ver el extremo de la puntera por dentro; ahí, seguramente, reside su estómago. Conocí a uno que se durmió con los zapatos puestos y desapareció. Precisamente fue por estas fechas.



Entre las obras publicadas por Pacho O'Donnell se destacan "Copsi", "La seducción de la hija del portero" y "Doña Leonor, los rusos y los yanquis". El siguiente es un relato inédito que Verano/12 presentará en dos partes.

POR PACHO O'DONNELL

(PRIMERA PARTE)

H E

Le dolían las piernas. Más que doler le era como si las tuviese anestesiadas, sin fuerzas. Se desplomó sobre el sillón haciendo resoplar su cojín. Estiró la mano y alcanzó un providencial vaso de agua, que quizás Estela había dejado sobre la mesita del teléfono, y se lo bebió sin pausa, echando su cabeza hacia atrás.

—Si seguís bebiendo el agua así se te va a ir a los pulmones —solía decirle Estela—. Un día de éstos te vas a morir ahogada con un vaso de agua —remataba y entonces las dos hermanas se reían a dúo.

Julia estaba cansada. Tuvo la sensación de que si no se alzaba de ese sillón no iba a poder hacerlo por el resto de sus días. Sin embargo, no lo hizo. O no pudo hacerlo. Habían sido muchas horas de estar de pie, de ir de un lado para el otro, que el velorio, que los trámites, que el nicho, que el coche fúnebre, que conseguir un cura.

—Morirse es un engorro —pensó, sin darse cuenta de que lo había dicho en voz alta.

—Una se da cuenta de que está vieja cuando chista un taxi lleno —solía pontificar Estela con humor—. También cuando te descubrís hablando sola.

—Entonces ya debo estar viejísima —retrucaba Julia y ambas hermanas volvían a reírse. Hubo épocas en que rieron a menudo, a pesar de que sus vidas no habían sido un dechado de felicidad y Dios, en quien Estela y Julia creían sin devoción pero con prolijidad, no les había ahorrado pruebas. El último recuerdo de Estela sería, justamente, una risa leyendo la página de policiales en el diario.

—Escuchá, dos hermanas ancianas, solteronas, aparecieron muertas a martillazos, dos vecinos se dieron cuenta por el olor.

—Ay, Estela, las cosas que se te ocurren.

—No se me ocurre, está aquí en el diario.

No era necesario agregar nada, pero Estela agregó:

—Así nos va a pasar a nosotras. —Y enseguida, como si fuera gracioso: —Pasaron cinco días antes de que se dieran cuenta de que estaban muertas. No las llamaba nadie. Nadie las necesitaba. —Y horas más tarde, le leyó una cita de un tal Maurice Bedel— "Estas solteras viejas, que van siguiendo su camino sin más final que la muerte, llevan en vida luto de sí mismas."

Pero no llegaron a viejas. Estela se había muerto la noche anterior. Sin explicaciones ni anticipos, como si la muerte fuese una banalidad. Como si para morirse bastase con arrastrar esa gripe tenaz que la hacía toser de noche y que no la dejaba entrenarse a fondo.

—Dejemos aquí —había dicho cuando sólo habían dado tres o cuatro giros, pálida y agitada—. No doy más.

Julia había enrollado entonces la cuerda con su destreza acostumbrada, enroscándola entre palma y codo, sin sospechar nada malo. Y así, prolijamente ovillada, la cuerda reposaba ahora en la oscuridad infinita del ataúd junto al cuerpo de Estela, donde Julia la había deslizado por si lo de la resurrección fuese cierto. También porque a ella ya de nada le serviría.

—Nunca cambiamos de cuerda —descubrió, hablándole al vacío de esa habitación de penumbras y olores fosilizados por el tiempo.

Era la cuerda de esparto que su padre les había regalado cuando todavía eran niñas y se la habían pedido para "hacer pruebas".



Sabían que así lo harían feliz, buscando su perdón por haber nacido mujeres, hijas de quien un estúpido accidente automovilístico había dejado rengo tronchando su vocación de trapecista de circo y cuya máxima aspiración hubiese sido tener un hijo gimnasta.

—Lo hubiera hecho campeón olímpico —se lamentaba.

Pero el útero de su mujer había parido dos hembras y entonces Estela y Julia desde siempre se habían subido al árbol del patio de su casa y a los de la plaza de la vuelta, haciendo arriesgadas pruebas simiescas bajo la mirada aprobatoria de su padre.

—Tomen. La soga —les había dicho y en su mano había un paquete envuelto en papel de diario.

—La idea había sido de Estela, al regreso de aquel circo en el que las había deslumbrado "Miss Margaret, acróbata de las Islas Británicas", como anunciase con la voz muy empinada aquel presentador enfundado en un uniforme rojo que le quedaba ancho. Y Miss Margaret había trepado habilísimamente a lo largo de una soga suspendida del techo de lona remendada y luego, a impulso de un grandulón de mostachos que maniobraba la cuerda desde el suelo de aserrín, desplegó y retorció su cuerpo en un repertorio de habilidades que culminó, mientras redoblaban los tambores, en velocísimos giros sostenida de la cuerda únicamente por los dientes.

—Voy a ser Miss Margaret —decidió Estela mientras regresaban sentadas en el último asiento del colectivo, mirando a su hermana con ojos brillantes por una decisión precoz pero definitiva. Julia comprendió en ese mismo instante que la vida le había reservado a ella el destino del hombrazo de bigotes inmensos.

Desde entonces ensayaban el número diariamente. Dos horas al mediodía y dos horas al atardecer, horarios fijados para no interferir con sus obligaciones escolares, tempranamente abandonadas con la anuencia paterna y el disgusto materno, pero que habían mantenido inmodificados a lo largo de los años. Que habían sido muchos.

Lo primero que hicieron fue fijar con varios nudos apretados la soga a una rama alta del roble que crecía pomposamente en el patio y que prestaba sus ramas para secar la ropa que su madre mojaba, enjabonaba y escurría laboriosamente y para balancear y crear aquellos embutidos de olores penetrantes que su padre escamoteaba de sus corretajes por el interior del país.

—Vos sostené la soga —ordenó Estela y Julia descendió para siempre del árbol y apoyando firmemente sus pies asió la cuerda con fuerza para impulsarla en vigorosas trayectorias circulares mientras allá arriba, rasguñándose las piernas contra el follaje, Estela giraba y se agitaba torpemente, tratando de emular a Miss Margaret.

—Vamos mejorando. Pronto lo lograremos —se entusiasmaba Estela, convencida, halagada por las miradas orgullosas de su padre, que sentado en una silla de paja frente al roble les daba indicaciones, a veces fastidiadas y a veces entusiastas, y que cuando era necesario hacía fricciones en el cuerpo dolorido de Estela, luego de algunas de sus incontables caídas, o esparcía ungüento en las palmas desolladas de Julia.

Casi sin darse cuenta, Julia se había por fin incorporado del sillón y recorría morosamente el salón con sus ojos y sus dedos, reconociéndolo, extrayendo objetos, luces y olores de la invisibilidad de lo habitual, reflotándolos a la superficie de su conciencia. Se detuvo frente a la foto ya sepia que les habían hecho en un parque de diversiones. Todos sonriendo, mamá, papá, Estela y ella.

—Hemos sido bastante felices —susurró—. Hasta lo de Paco —agregó, en silencio.

Mamá y papá habían muerto cuando les correspondía, sin brusquedades, despareciendo poco a poco, sus dolores, sus debilidades y sus confusiones aumentando día tras día.

—Me hubiera gustado verlas casadas —fueron las últimas palabras de su madre. Las últimas inteligibles, pues luego se sumió en un delirio incoherente salpicado de nombres desconocidos apasionadamente evocados que convencieron a Julia de que jamás se conoce verdaderamente a nadie. Y que las personas no son más que algunos secretos fundamentales con un delgado revestimiento de modales disimulatorios.

Ella, por ejemplo, a pesar de los años transcurridos junto y debajo de su hermana, cocinándole o haciéndola girar en las alturas, jamás pudo descifrar las razones de su soltería.

—No encontré a nadie que me convenciese. Y el tiempo pasó sin darme cuenta —solía responder Estela cuando la apremiaban.

Pero a Julia no la convencía. Había algo más, misterioso. "Todos tenemos un secreto que no compartimos con nadie y que nos llevamos a la tumba", le había leído su hermana. Su caso era distinto porque ella sí había encontrado a alguien, a Paco, pero las cosas finalmente no se dieron y después ya no volvió a tener ni fuerzas ni ganas para reiniciar otra relación. Ni tiempo. Habían sido muchos años de vacilaciones, de idas y venidas, de rupturas y reconciliaciones, y por fin cuando Paco desapareció para siempre, los hombres terminaron por convertirse en un enigma que estaba convencida de no poder descifrar jamás. Sobre todo cuando se era, inesperadamente, una solterona rolliza. Además, estaba Estela. Posesiva, siempre alerta a no perderla, sin oponerse a Paco pero también sin nombrarlo, como si no existiera o como si no valiese la pena ocuparse de él, como si no fuese más allá de una anécdota insignificante en la vida de su partenaire, algo cuya existencia se conoce pero no se nombra por discreción o buen gusto. Como la renguera de papá o las hemorroides de mamá.

—Si te ibas con el Paco ese, el que me iba a sostener la soga era Magoya —comentaría Estela, mucho tiempo después, y conseguía arrancarle una fugaz sonrisa a su hermana—. O Montoto.

Julia avanzaba lentamente, deslizando las yemas de sus dedos por los lomos de las pocas decenas de libros que constituían la biblioteca de las hermanas. Casi todos ellos libros de circo o de gimnasia. Los infaltables Quijote, Biblia y Martín Fierro, y dos o tres esotéricos de una breve época en que, influida por Paco, creyó tener alguna verdad a su alcance. Y, sobre todo, el grueso y desgastado *Libro de las citas* que Estela había hojeado incansablemente, leyendo en voz alta las que más le gustaban. Julia, sin justificación, recordó una frase de Madame Stäel: "El dolor siempre cumple lo que promete".

—¿Alguna vez te acostaste con un hombre? —preguntó, se preguntó, ante el retrato que mostraba a una inusitada Estela, elegantísima y peinada con un inmenso batido a la moda de antaño, con un collar de fantasía que le daba varias vueltas alrededor de su cuello atlético.

Julia hubiera podido apostar que no, que su hermana desconocía el calor de un cuerpo masculino.

—Los hombres tienen cuerpos horribles, fofos...

Su hermana lo había dicho en el mismo momento en que Julia, detrás suyo, admiraba una vez más su espalda ancha, repleta de músculos que bailaban con cada uno de sus movimientos, sus hombros estirados hacia ambos lados contrastando con una cintura estrecha. "Una magnífica espalda masculina", pensaba simultáneamente con la frase de su hermana, confluencia que engendró una conclusión que la sorprendió, casi la asustó:

—Estela es hombre y mujer a la vez.

Más aún:

—Lleva dentro el hijo varón que a nuestro padre le hubiese gustado tener.

Julia había tomado el libro predilecto de su hermana, *El libro de las citas*. El que leía y releía y el que también era su cofre de los secretos, apretando entre sus páginas papeles, fotos y flores secas que fue juntando a lo largo de los años y que custodiaba celosamente. Julia jamás se había animado a espiar esos misterios que se ocultaban entre citas de Tácito y de Ortega y Gasset.

Estela había tenido el coraje suficiente para no ser lesbiana. O no le había alcanzado para serlo. Había estado a punto de serlo en Córdoba, cuando las habían contratado en el circo de aquellos sinvergüenzas que terminaron pagándoles la mitad de lo que habían prometido porque las fotos que enviaron las mostraban mucho más jóvenes de lo que eran.

—Estas fotos, disculpen las señoras, tienen por lo menos veinte años —argumentaba uno de los empresarios, vestido de payaso—. Y usted —había apuntado a Julia con su dedo pintado de rojo— tiene quince kilos más que en la foto.

Lo más doloroso fue que el payaso tenía razón, después de lo de Paco había engordado muchísimo.

—Si querés suicidarte —le decía Estela, con mirada fría— cortate con una yilé y no pierdas tanto tiempo buscando reventar como un sapo.

Durante muchos días, semanas y meses Julia había llorado y comido sin consuelo, aguardando un llamado o una carta de Paco.

—Dios me castigó —discurría obsesivamente sin comprender ni compartir esos designios divinos que se ensañaban con ella después de tantos años de defender su virginidad ante el acoso de Paco. Un asedio que se diluía en esa comprensiva caballerosidad que facilitaba el remilgo y el rechazo.

—Yo también soy virgen. O casto, como se dice. No me avergüenzo de confesártelo —Paco se lo había repetido una y cien veces—. Por eso es que junto seremos capaces de... Aunque al principio nos salga mal, aunque tardemos en aprender.

Julia entonces respondía:

—Casémonos primero, Paco. Luego veremos.

Paco reculaba, soltándole las manos, sus ojos derramados hacia la alfombra.

—No puedo, todavía, mi Julita querida, no puedo.

—¿Pero por qué no podés? ¿Por tu madre? Traela a vivir con nosotros si querés.

—Tengo miedo de que se lleven mal. —Paco meneaba la cabeza y chasqueaba la lengua—. No por vos, Julita, sino por ella. Es una persona muy difícil, intratable, nos hará sufrir. Ambos sabían que era una excusa, una burda excusa que les servía para contornear ese compromiso de sus cuerpos que ambos temían y que disfrazaban en una conversación circular con sus salidas tapiadas. Luego Paco le sugería que su madre estaba muy enferma, tenía los días contados, que se trataba de tener paciencia y esperar. Mientras tanto, le proponía a su novia, podrían animarse más allá de los besos en la boca y las caricias en los senos.

—No, Paco, así no —lo había reprendido Julia infinitas veces—, eso no es serio.

Años pasaron y el amor de Julia, en vez de apagarse o anquilosarse, había ido creciendo. Por fin, una tarde:

—Está bien, Paco. Vamos a hacerlo.

Paco abrió los ojos, sobresaltado:

—¿Hacer qué?

Es que la férrea negativa de su novia había sido un dique eficaz y justificador a sus impulsos, que ahora amenazaban con inundarlo todo, tumultuosos, precipitándose por la brecha que se abría en esa voz inmensamente baja y tierna de Julia, que lo tomaba de la mano más protegiéndolo que buscando protección. El pacto se había roto, los cuerpos finalmente, habían irrumpido en escena.

—Vamos al Tigre —propuso ella, sin concederle escapatoria—. Allí hay hoteles muy bonitos y nadie nos verá.

Fue maravilloso. Con la frente apoyada sobre el vidrio helado de esa ventana que se abría avaramente al pozo de aire de un vulgar edificio del suburbio, recordó una vez más aquella ceremonia salvaje, impecable, como si conocieran a la perfección aquello que creían que ignoraban, sus cuerpos fusionándose en un frenesí que les arrancaba gritos de placer, las prudencias hechas trizas, sus pieles transpiradas tan apretadas que hacían húmedas sopapas que estallaban al separarse por los corcoveos salvajes, el aire impregnado por el olor animal de sus secreciones, sus muslos anudados por esa pasión que les impidió desenredarse de las sábanas durante todo el fin de semana y también el lunes y que por fin condescendió en devolverlos a la realidad exhaustos, doloridos, costrosos. Inmensamente enamorados.

—Esta fue mi contribución para que salgamos de la parálisis —ronroneó Julia, ovillada en el cálido hueco de la axila de Paco.

—Ahora es tu turno. —Durante muchos segundos sólo se escuchó la pesada y sincrónica respiración de ambos—. Tenés que decidirte si querés casarte conmigo o no —se escuchaba decir a Julia, con una decisión insospechable—. Si decidís que no o no podés decidirte, por favor no me llames más, ni me escribas ni nada. Prefiero que no nos veamos más —remató con voz grave, sin amenazas, con esperanzas.

Pero Paco no había llamado, lo cual no era raro porque no le gustaba que lo atendiese Estela.

—Tu hermana no me traga —comentaba.

—Te tiene celos —lo apaciguaba Julia—. Nunca me dice nada en contra tuya.

Paco tampoco había escrito. Nunca más. A pesar del anhelo de Julia, que de todas formas mantuvo su decisión de no ser ella quien llamara o escribiera, tenaz y vigorosamente decidida a poner fin a una situación que venía estirándose sin remedio y hubiese continuado estirándose sin piedad hasta el fin de los tiempos dañándola menos en su amor como en su orgullo.

LA PORTADORA

Folletín erótico
de Pedro Lipcovich

22. Puerta 11

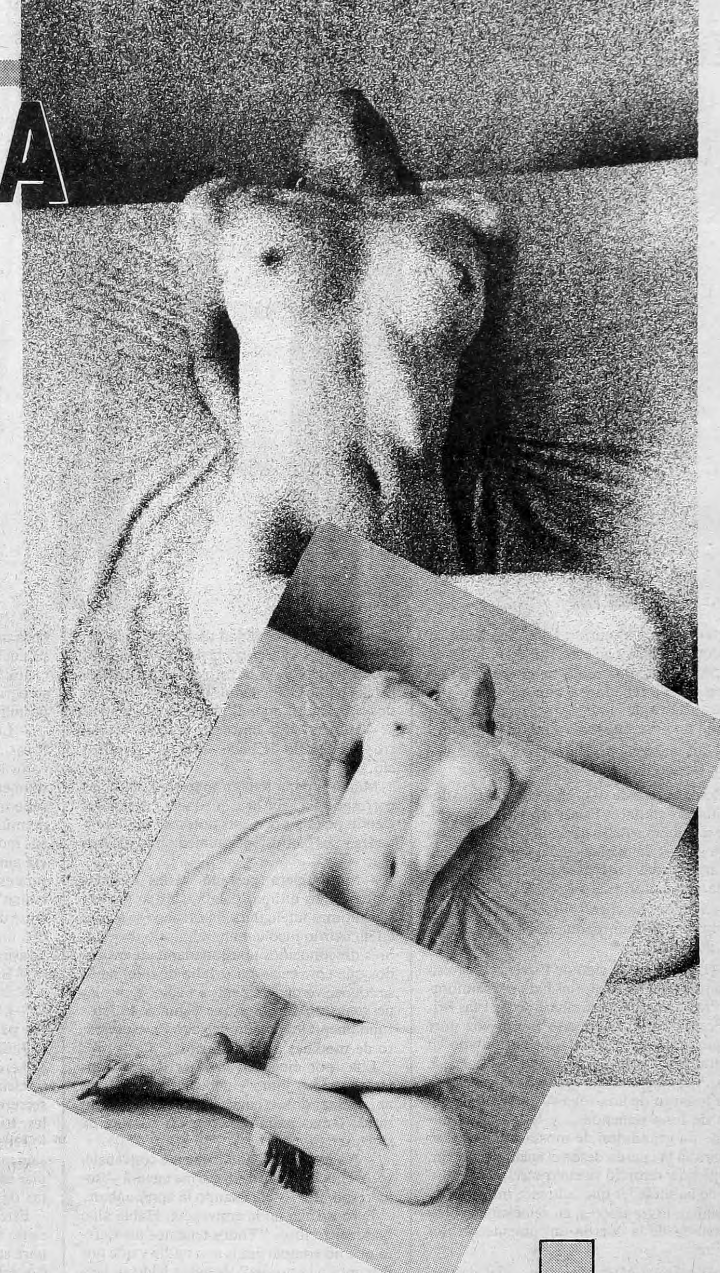
La gente se pregunta dónde está el amor y sueña que está en lugares hermosos, pero en los lugares hermosos suele no estar. En cambio, es posible encontrarlo en una sala de espera de hospital. Por ejemplo un hospital de nombre muy común. En la sala hay varias puertas, y una de ellas tiene el número 11. Viviana está entre los que esperan. Betti se había ofrecido a acompañarla, pero prefirió venir sola. Han pasado varias semanas desde que entregó su lunar al Patrón. Cada uno de los que llegan a la Puerta 11 siente la presencia de los otros que esperan; se evitan las miradas; pudor. De vez en cuando la Puerta se abre y alguien llama, sin decir nombres. Los que atienden la Puerta son respetuosos de quienes esperan por la verdad. Los que esperan han venido solos, como Viviana; o en amistad, como ofreció Betti, o en pareja. Por ejemplo, ella y él, sentados frente a Viviana; ella fue quien tomó la palabra para preguntar en la Puerta mientras él permanecía más atrás, abatido: quizás él es quien cree haber llevado el mal a la pareja, y, aunque los dos estén sujetos a las duras verdades de la Puerta, por ahora sólo ella se siente autorizada a proteger al otro. Hay también otra pareja, son muy jóvenes, ella se apoya en el pecho de él; ya los llaman desde la Puerta. También hay dos hombres que hablan en voz baja. Llegada cierta hora, ya no queda quien espere para otras puertas; entre los que esperamos por la Puerta se ha creado una confianza especial, silenciosa, ya que cada uno de nosotros admite en sí la posibilidad del mal. Aquellos muy jóvenes que habían entrado salen ya, y conocemos la respuesta porque sonríen, se besan, en este instante son felices. Si se tratara de esos dos hombres que hablan en voz baja, postergarían el beso hasta su lugar de intimidad.

Distinta es la respuesta que recibe Viviana.

Viviana sale del hospital. Camina. Está en una avenida donde hay un parque donde hubo una cárcel. Hay demasiada gente. Viviana cierra los ojos para no ver gente, pero no puede cerrar los ojos y a la vez caminar. Va a ir al río; como una madre que promete algo a su hija, ella se dice que va a ir al río, allí vas a estar mejor; agua tranquila. Y descubre que si camina mirando hacia abajo puede mantener el equilibrio sin ver gente. Está en otra avenida, hay una bajada, después un parque de diversiones clausurado, ella camina junto a una pared muy larga, aquí no hay gente, mejor, estás mejor, se dice Viviana maternal, y se atreve a levantar la vista. Llega a la estación de trenes, hay gente clara y oscura, esta gente no hace mal, en realidad, son tres estaciones juntas y la última es más chica y tiene pared de chapa color terracota y olor a tren, como estación natal, allí había río. Viviana sale a una feria donde todos se ahogan, Viviana se va, tropieza entre camiones, autos, alguien le grita, y llega a una vereda angosta; a un lado hay un cerco donde se atreve a crecer una enredadera con flores que se llaman campanitas, del otro lado hay torres muy severas, doradas. Pasan camiones que lanzan viento y ruido hasta casi voltear al que camina, casi nadie camina por esta vereda, Viviana llega a un lugar de barcos pero no hay río, es nomás agua encajonada, cruza un puente, bordea unos edificios rojos, vas a ver que ahí está el río, cruza una explanada de piedras y llega a la avenida que se llama costanera pero el río no está, para qué vino si sabía que el río no está, hay plantas y árboles donde tendría que estar el río, Viviana sube al parapeto de la costanera de mentira, va a saltar abajo para seguir hasta el río, pero ve que alguien la mira, se detiene, vuelve, corre, alguien de gorra le habla, ella corre, está de nuevo en la ciudad, alguien le hace una pregunta, no le pasa nada, camina, se agita, no recuerda, no sabe dónde está, está en la puerta de la casa de Santiago y es el atardecer.

El amigo la recibe en silencio. La mira. La hace pasar a la cocina. Pone una pava con agua en el fuego. Viviana está sentada, inmóvil. Santiago pone sobre la mesa un plato con bizcochitos. Toma de un estante un paquete y echa yerba en un jarrito con dos asas; derrama un poco porque sus manos tiemblan. Pone la bombilla en el jarrito. Retira el agua del fuego cuando está a punto de hervir, y ceba. Toma él el primer mate y le ofrece a Viviana el segundo. En silencio comparten un pequeño río tibio. Más tarde, Santiago, ayudándose con la bombilla, retira la yerba usada y agrega yerba nueva; sus manos ya no tiemblan. Mucho más tarde, Viviana siente hambre y toma un bizcochito.

(Continuará.)



JUEGOS

SOPA DE LETRAS

Encuentre en la sopa las palabras de la lista, todas con la misma inicial. Pueden estar en horizontal, vertical o diagonal, en uno u otro sentido. Las letras sin usar formarán un mensaje.

ROBINSON.............CRUSOE
ROBIN.....................HOOD
PEDRO....................PARAMO
DAVID...........COPPERFIELD
AURELIANO.............BUENDIA
JULIAN.....................SOREL
SANCHO....................PANZA
PETER...........................PAN
JUAN.......................TENORIO
MIO.................................CID
TOM.........................SAWYER

O	M	A	R	A	P	R	O	B	I	N	N
N	H	B	U	E	N	D	I	A	N	O	O
A	O	C	R	U	S	O	E	A	S	E	I
I	O	N	C	U	A	N	I	N	P	P	R
L	D	S	O	R	E	L	I	A	E	E	O
E	T	O	O	A	U	B	N	T	Y	M	N
R	I	I	S	J	O	Z	E	W	D	O	E
U	O	M	L	R	A	R	A	I	R	O	T
A	O	H	C	N	A	S	C	D	S	M	E
Q	D	L	E	I	F	R	E	P	P	O	C
U	E	N	A	U	J	P	P	A	N	T	N
O	S	E	N	D	A	V	I	D	A	D	A

CRUCIGRAMA

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
1						■					
2		■								■	
3						■					
4				■				■			
5		■				■				■	
6			■		■		■		■		
7		■								■	
8	■					■					■
9				■				■			
10						■					
11						■					

AYUDAS: IDOLA, NITO, OTI

Horizontales

1. Quitar la vida./ Mamífero rumiante con cuernos.
2. Nombre de mujer.
3. Cortan la sandía./ Arbusto rosáceo.
4. (Vital) Dramaturgo y médico español muerto en 1911./ Movimiento convulsivo habitual./ Tejido grosero de lana que se usa para mantas y otras prendas de abrigo.
5. Roda, parte de la quilla./ Percibís por el oído.
6. Iniciales del actor Powel./ Interjección: ¡Tate!
7. Falta de pudor y de honestidad.
8. Emanación de ciertos cuerpos que se percibe por el olfato./ Se atreven.
9. Rece./ Río de Austria./ Horno metalúrgico.
10. Valúes./ Fatuo, altivo.
11. Argentinismo por "ídolo" (fem.)./ Fundador de la secta de los saduceos.

Verticales

1. Fúnebre, repulsivo./ Siglas de la Televisión Iberoamericana.
2. Azoe./ Rezad.
3. Se aplica a la vestidura que llega a los talones./ Indemne.
4. Río de Lombardía./ Arbol ulmáceo./ Artículo.
5. Cantidad de dinero que se paga por un alquiler o arrendamiento./ Apuro.
6. Prefijo: bien.
7. Recinto en la antigua Roma para los juegos públicos./ Traspases voluntariamente tus bienes.
8. Orificio terminal del intestino./ Distraídos./ Nota musical.
9. Fundamentas./ Cortad todo el pelo.
10. Prefijo: separación./ Helecho de Filipinas.
11. Ovacionan./ Onomatopeya del llamado a una puerta.

SOLUCIONES

9721

"En cuanto a mí, sólo sé que no sé nada."
Sócrates